

† Carlos González C.

Obispo de Talca

**EL PADRE  
HURTADO**  
Un hombre de Dios.

**Carlos González C.**

**Obispo de Talca**

**EL PADRE  
HURTADO**

**Un hombre de Dios.**

**Talca, Agosto de 1990.**

EL PADRE  
HURTADO

EL PADRE HURTADO  
Un hombre de Dios

+ Carlos González C.  
Obispo de Talca

Derechos reservados

Inscripción Nro. 76.882

Editado, Impreso y Distribuido por:  
Marana-tha Ltda.

I Norte 549 - F. 234428 - Talca

Impreso en Chile

Printed in Chile



P. ALBERTO HURTADO s.j.



P. ALBERTO HURTADO s.j.

**A** Santa Bernardita, se le pidió describir la imagen de la Virgen María que había visto en la gruta de Lourdes para hacer su escultura. Cuando le llevaron la primera imagen ella dijo "no es ésta la imagen que yo ví" y así pasó varias veces. Al final se hizo una escultura que no satisfacía a Bernardita, pero con algunos rasgos parecidos a la visión que ella tenía en su corazón.

Esta realidad se repite siempre que se desea escribir o hablar sobre alguna persona y, ciertamente, no espero lograr dibujar una imagen perfecta del Padre Hurtado. Sólo trataré de presentar algunos rasgos que puedan ayudar a conocerlo un poco mejor. No entraré en detalles biográficos o en antecedentes que ya están escritos. Presentaré lo que puede ser un aporte de alguien que vivió cercano a él en los años más importantes de su vida.

Intentaré presentar aspectos de su personalidad como pude visualizarlo desde mi perspectiva.

Me parece que en su persona y en su acción sacerdotal había una luz de Dios, una presencia especial del Espíritu Santo.

Espero que sea reconocida su santidad por la Santa Iglesia y deseo que sea lo antes posible para que sea un signo para nuestro tiempo.

Alberto Hurtado fue un hombre de Dios y el testimonio de su vida y la prolongación del Hogar de Cristo constituyen una realidad extraordinaria que tiene mayor fuerza que un milagro en el plano de la salud.

## I. UN AMIGO

Alberto Hurtado y su madre Anita Cruchaga de Hurtado fueron mis padrinos de bautismo (año 1921). A ella la veía en casa de mis padres; pero a mi padrino lo perdí de vista y supe que había partido para ser sacerdote. Lo conocí al regresar de Europa cuando él tenía 35 años, en el año 1936. Allí nació una amistad que duraría toda su vida y que continúa ahora en una forma de comunicación diferente.

Cuando regresó del extranjero mi padrino, que también era primo hermano, empecé a conocerlo. Yo estudiaba en quinto año de Humanidades (tercer año medio de hoy) en el Colegio de San Ignacio y el Padre Hurtado era mi profesor de religión.

Fuí a un retiro predicado por él y en esos días de meditación resolví ser sacerdote. Las predicaciones del Padre Hurtado en ese retiro me llegaron al corazón; pero resolví no decir nada a

nadie hasta el año siguiente en que terminaba las humanidades. Preferí madurar la idea en mi interior; estaba resuelto a ser sacerdote; aunque no me parecía oportuno tratar el tema hasta que llegara el tiempo indicado.

En el último semestre del colegio fuí un día a verlo y le comuniqué mi decisión que él ya esperaba o intuía. Le manifesté que quería ser sacerdote diocesano y él aprobó mi proyecto sin ninguna presión para que fuera sacerdote jesuita. En él no había proselitismo de ninguna especie y dejaba grandes espacios de libertad.

Cuando iba a entrar al Seminario me aterró ante la idea del sacerdocio y el P. Hurtado no me hizo la menor presión y así ingresé a la Universidad Católica para estudiar agronomía. El sacerdote respetó esta etapa y esperó pacientemente que reconsiderara. Después ingresé al Seminario sin sentir presión o coacción alguna.

Durante los siete años del Seminario y durante todo el tiempo que vivió fue mi director espiritual.

Hubo otros sacerdotes en mi formación; pero quien me logró mostrar mejor el rostro de Cristo y su imagen sacerdotal fue Alberto Hurtado.

Eramos amigos de verdad y logré encontrar a alguien en quien depositar confianza plena en una dirección espiritual respetuosa y bien orientada. Las personas confían gradualmente en el sacerdote; pero Alberto Hurtado lograba que ese proceso fuera extraordinariamente más fluido que en la mayoría de los sacerdotes. Se daba de tal manera que a uno lo hacía sentirse importante y apreciado.

Cuando murió descubrí que muchas personas habían tenido experiencias similares y habían percibido esta maravillosa capacidad de donación y de entrega.

Muchas veces uno llegaba complicado, desorientado o desconcertado y él lograba sacarlo a flote con su sonrisa y con la palabra oportuna dicha en forma transparente y sencilla.

Mientras yo estudiaba teología en el Seminario de Santiago, se produjo la crisis del Padre Hurtado con la jerarquía de la Iglesia. Para ser

más preciso, con Monseñor Augusto Salinas, Asesor Nacional de la Acción Católica de Chile.

Alberto Hurtado debió renunciar a su cargo de Asesor de la Juventud Católica y vivió un tiempo difícil. Incluso se le recomendó no ir al Seminario de Santiago porque sus ideas avanzadas podían alterar la orientación de los seminaristas. Durante ese tiempo continué visitándolo y jamás escuché una palabra crítica y ningún comentario con algún dejo amargo sobre lo que sucedía con su persona que estaba puesta en sospecha. Siempre minimizó el tema y jamás hubo una expresión negativa por lo que sucedía. Tal vez fué allí donde pude apreciar la santidad de este hombre de Dios y entonces entendí el texto bíblico "*si alguien no peca con su lengua, es un hombre perfecto*". (Santiago 3,2)

Había en él una gran calidad humana y cristiana. Antes que sacerdote era un excelente cristiano. Nunca entró en el mundo pequeño de los comentarios sobre personas en donde se emiten juicios peyorativos y se destruyen las relaciones humanas. Jamás lo vi envuelto en las pequeñeces y en la crítica que hace bajar los niveles y las perspectivas. Nunca ví ningún rasgo

enredoso en sus palabras o en sus juicios. Era limpio y transparente porque sentía que lo importante era construir el Reino de Dios, lo cual no se hace destruyendo personas o criticando con amarguras o resentimientos.

Toda institución, incluida la Iglesia, tiene limitaciones y hay errores humanos en las personas. Esa realidad tiende a ser magnificada y se hace mucho daño. En Alberto Hurtado sucedió todo lo contrario porque lograba relativizar las limitaciones y defectos y siempre valoraba lo bueno e interesante de cada persona. Era un hombre, en el pleno sentido de la palabra, muy positivo, humano, comprensivo y abierto.

Pudo vivir grandes conflictos; pero su calidad humana y sacerdotal lo liberó de caer en un contexto negativo o amargo que podría haberle ocasionado mucho sufrimiento. Vivía una alegría contagiosa con un optimismo que no significaba ingenuidad.

Me ordené de sacerdote el 23 de Septiembre de 1944 y Alberto Hurtado predicó en mi primera misa. Escogió un texto muy hermoso "*para mí el vivir es Cristo*" (Filipenses, 1,21) y aún

recuerdo el cariño y la pasión con que habló de la persona de Jesús que era ciertamente la razón de ser de su vida. Habló con gran calor humano, en forma directa y sencilla. Sus palabras llegaron al corazón de todos. El vivía del amor a Jesucristo y en esa realidad se explica toda su vida.

El vivió este lema de San Pablo y no era una simple frase repetida. Recuerdo que en sus últimos días, cuando ya no podía leer, me pedía que le leyera este texto y otros trozos bíblicos. Se emocionaba hasta las lágrimas cuando le leía *"todo lo tengo al presente por pérdida, en comparación con la gran ventaja de conocer a Cristo Jesús, mi Señor: por su amor acepté perderlo todo, y lo considero como basura. Ya no me importa más que ganar a Cristo y encontrarme en Él"* (Filipenses, 3,8-9) o *"sé en quién me he confiado y estoy seguro que no quedaré defraudado"* (2ª Timoteo 1,12). También le impresionaba mucho escuchar *"ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí"* (Gálatas 2,20).

Su vida fue un vivir para Cristo y uno de sus consejos permanente era *"piensa ¿qué haría Cristo en tu lugar?."*

Desde 1944 hasta 1952, año de su muerte, viví con él una amistad sacerdotal muy profunda. En esos siete años de sacerdocio entendí como debía ser un pastor y lo que era tener un corazón sacerdotal. Como sacerdote joven me encontraba con alguna frecuencia con problemas morales de difícil solución y cuando me veía muy complicado para dar una respuesta adecuada los llevaba al Padre Hurtado.

Siempre él daba la respuesta atinada; entregaba las normas doctrinales de la Iglesia especialmente en materias sobre sexo y matrimonio y lograba hacerlo salvando muy bien la doctrina de la Iglesia y sin jamás herir a las personas. Sabía decir lo que se podía y lo que no se debía permitir; pero lo hacía con tanto amor y comprensión que jamás alguien salía amargado o resentido. Era la imagen de Jesús proyectado en un corazón misericordioso y compasivo.

Recuerdo a una persona que había recibido una respuesta que le cerraba muchas perspectivas en su vida y que me dijo *"ahora me quedo en paz, se que debo asumir esta cruz y esta realidad; pero he visto la Voluntad de Dios en ese sacerdote y creo que podré vivir con serenidad el futuro por*



*difícil que sea*". Me dijo después: "*Ví el rostro de Dios en su respuesta y ahora no tengo miedo*".

Viajamos juntos a Méjico y a Estados Unidos en donde pude captar cómo lograba hacer rendir el tiempo y cómo buscaba ideas nuevas y pensamientos de renovación.

Llegó el tiempo de su enfermedad, 1951, y pude acompañarlo muy de cerca en esa etapa final y ser testigo de una experiencia de gracia y amor en quien había regalado su vida al Señor.

Allí estaba la presencia de Dios y una realidad sobrenatural de carácter místico que recuerdo siempre con emoción y especial cariño.

Con frecuencia, le celebraba la Santa Misa a las seis de la mañana, antes que se iniciara el trabajo corriente en los hospitales, y ver su rostro compenetrado por la maravilla de la Eucaristía era algo extraordinario para mí y para el seminarista que me acompañaba.

Ví a un hombre enamorado de Dios, transformado por el sufrimiento e inundado por la alegría del cielo que veía llegar. Pude captar su fragilidad y entendí la soledad de los enfermos.

Lo vi vulnerable, débil, y esa fragilidad me acercó más a él. Percibí como regalaba su propia enfermedad para morir en paz. Murió entregando amor y regalando su vida al servicio de Dios y de todos. Pensaba mucho más en los demás que en sí mismo.

El 18 de Agosto de 1952, al saber de su muerte lloré como un niño porque había partido un amigo y un padre. Creo que entonces empecé a entender lo que dice la Biblia "*quien encontró un amigo encontró un tesoro*" (Eclesiástico 6,14).

Que difícil resulta escribir la profundidad de una vida que se intuye y se adivina, pero que no se puede expresar en palabras escritas. Alberto Hurtado veía el rostro de Cristo en cada prójimo, especialmente en los pobres; pero es casi imposible expresar lo que significa una experiencia de haber conocido a alguien traspasado y sumergido en el amor de Dios.

Hay un pensamiento suyo que es muy indicativo: "*te pido Señor que no dejes que se calme en mí el hambre y sed de justicia... Deseo fundirme contigo, Dios. Me enseñas el misterio del agua y del*

vino. Haz que sea como el agua que se pierde en tí".

Y así se fundió en el Señor y se perdió en Dios como el agua se pierde en el vino cuando el sacerdote ofrece el pan y el vino en la Eucaristía.

Se perdió y se fundió; pero edificó en el Hogar de Cristo, en sus diversas obras, y en el corazón de muchos que entendieron que *"la vida es para buscar a Dios, la muerte para encontrarlo y el cielo para poseerlo"* como él decía en su lecho de enfermo.

## II. UN VISIONARIO

Alberto Hurtado fue una persona multifacética: director espiritual, predicador de retiros, escritor, constructor de obras, con capacidad de organización y de liderazgo. Podía "perder" tiempo por una persona y después estaría viendo cómo ampliar una construcción del Noviciado Jesuíta o cómo terminar un libro que estaba escribiendo.

Nunca "pasó de largo" como los dos hombres que aparecen en la parábola del buen samaritano y siempre en su persona fueron visibles los rasgos del samaritano compasivo que cuida al herido, hasta que ese hombre golpeado por los ladrones puede caminar libremente en forma sana y normal.

Tenía un gran amor a la Iglesia y había en él una visión de futuro. Vivió adelantado a su tiempo y el Concilio Vaticano II no lo habría tomado por sorpresa.

Intuía lo que debía ser el rostro de la Iglesia y siempre fué un buscador de caminos nuevos. Era mentalmente un hombre joven que sabía mirar para adelante respetando la tradición de la Iglesia en forma fiel y sincera.

Es fácil visualizar en su vida sacerdotal cuatro preocupaciones que fueron los grandes motores con los cuales desarrolló su sorprendente vitalidad. Su amor a Cristo y al Reino de Dios lo llevaron a vivir intensamente estas inquietudes.

Su primera gran preocupación fue la juventud. Destinó gran parte de su tiempo a la atención de jóvenes en el confesionario, en la dirección espiritual, en los retiros. Todos los días se le veía confesando, especialmente juventud, desde las siete de la mañana en el Colegio San Ignacio. A esa hora ya había celebrado la Eucaristía y también había entregado un tiempo prolongado a la oración personal. En la tarde atendía personalmente hasta muy tarde y había siempre una larga fila de espera de quienes llegaban a recibir el perdón de Dios o el consejo que necesitaban para orientar sus problemas. Escuchaba con interés como si la persona fuera

la única del mundo, después llegaba el siguiente y así pasaban los días, los meses y los años.

La imagen sacerdotal que él proyectaba era atrayente y así surgía el pensamiento de ser sacerdote en ese estilo y en esa forma. Esta irradiación personal ayudó a descubrir vocaciones sacerdotales y religiosas. Y somos muchos los que debemos nuestra vocación sacerdotal al contagio de un hombre convencido de lo que hacía y enamorado del sacerdocio de Cristo.

Irradiaba a Cristo en su inmenso amor a Dios y en una gran preocupación por el prójimo. Esa fuerza era capaz de mover a muchos a seguir ese camino. No lo hacía para él sino por Jesucristo porque nunca fue personalista o posesivo. Era un apoyo fuerte para descubrir que lo importante es el Señor.

De este amor al prójimo nace su segunda gran preocupación: los pobres. Para él lo *"superfluo pertenece a los pobres"*. *"Lo que poseo no es mío y soy sólo un administrador"*.

Así nació el Hogar de Cristo, la gran obra de su vida. La idea brotó al ver tantos niños

abandonados durmiendo bajo los puentes del Mapocho o en las estaciones de ferrocarriles.

Se produjo en él esta "opción por lo pobres" de la cual se habla hoy en la Iglesia de América Latina. Vivía preocupado del Hogar de Cristo que fue desarrollándose en forma extraordinaria y en circunstancias providenciales. Este, talvez, es su mayor milagro. Había sensibilizado a la opinión pública del país que hoy día sigue apoyando a esta Obra en la cual la marca de la Providencia está siempre presente.

Inició esta obra sólo la fuerza de su amor por los pobres, por los postergados, en los cuales él veía realmente el rostro de Cristo. El decía "*Detrás de la mano del pobre está Cristo. Dar con cortesía y gratitud como se da Cristo. Es Cristo quien se ha dignado dirigirse a mí*".

El visionario siguió buscando caminos y captó que el problema social en Chile era una realidad evidente y así se desarrolló su tercera "preocupación": el mundo obrero y en especial la vida sindical. Así nació la ASICH (Asociación de Sindicatos de Chile)

Era un renacer del sindicalismo cristiano y, allí, como en todo lo que él hacía, colocó su corazón y sus energías con una energía sorprendente.

Cada persona tiene predilección por alguna de las bienaventuranzas del Evangelio y creo que el fundador de la ASICH fue marcado por "el hambre y sed de justicia" que habla Jesucristo en el Sermón de la Montaña. Así decía "*debemos ser justos antes de ser generosos y la caridad comienza donde termina la justicia*".

"*El mundo moderno padece por falta de justicia, y esta falta de justicia está tramando la gran revolución. El Señor nos pide tener justicia con hambre y sed: es decir con pasión rabiosa. Debemos conocer la verdad para saber arriesgarnos. La justicia es una virtud impopular. Todo predicador que urja en ese sentido es censurado. No podemos aparecer defendiendo prejuicios*".

"*Hay personas que gritan contra el comunismo, pero sus clamores no nacen como los de los Papas, de un deseo de justicia y defensa de los valores espirituales, sino del temor de ver cercenada su libertad. Estos son los más peligrosos propa-*

*gandistas del comunismo. Rechazan al comunismo con sus palabras pero lo confirman con sus hechos".*

(Humanismo social)

Y él optó por la justicia y por la dignidad del mundo obrero. Buscaba dignidad y respeto para el trabajador y toda su inquietud social era luchar por que todos fuéramos realmente hermanos. Para él no había diferencia entre pobres y ricos porque tenía una clara conciencia de que todos somos hijos del Padre que está en los cielos.

Fué juzgado como "sedicioso", "comunista" y de "hacer política" porque predicaba la justicia social. Seguía adelante con un optimismo que algunos catalogaron de ingenuidad. Las críticas parecían resbalar y no lograban hacerle daño. Estaba convencido de lo que hacía y creía que era su deber arriesgar su prestigio y su fama ante muchos partidarios del "orden establecido". Fue mal interpretado por sostener que *"se es responsable de una revolución no sólo cuando se la hace, sino también cuando se la provoca"*.

Sostenía que *"Dios no es un caramelo"* y recordaba con frecuencia el texto del Evangelio

en el cual Jesús afirma que *"había venido a traer fuego a la tierra"* (Lucas 12,49). Era un revolucionario de su tiempo y todo venía de su amor a Jesucristo proyectado en el prójimo.

Y así se fue purificando por el fuego de Dios y por esa fe ardiente que quema y limpia a todo aquel que toma en serio el seguimiento de Jesús.

Finalmente, también creó la revista **Mensaje**. Alberto Hurtado veía que era necesario llegar a lo que hoy llamamos "constructores de la sociedad" y su cuarta "preocupación" fue fundar esta revista que hoy día es una presencia notable de la Iglesia en ambientes profesionales y universitarios. El previó que las comunicaciones eran de importancia vital para la Iglesia y parece que adivinaba que el gran problema del siglo XXI serían las comunicaciones y los medios de información.

Es interesante para quien lo siguió de cerca ver la agilidad y la rapidez mental para captar las necesidades de la Iglesia y del mundo. Era apasionante constatar sus respuestas apropiadas a estos grandes problemas.

Hoy día hablamos de "Orientaciones pastorales" y de "planificación". En la Iglesia, después de su muerte, se ha realizado el Concilio Vaticano II, y los grandes encuentros de Medellín y Puebla. Al estudiar los contenidos de estos grandes acontecimientos eclesiales es fácil percibir cómo Alberto Hurtado había ya captado estas grandes realidades y había intuído lo que la Iglesia debía dar como respuesta al mundo. Presentaba un rostro de Iglesia servidora del hombre en un sacerdocio de servicio y no de dominación.

A todos los llamaba "*patroncitos*" porque jamás a nadie trató como inquilino.

Nunca lo ví centrado en sí mismo. Siempre lo percibí con un gran amor a la Iglesia proyectada al servicio de la humanidad. Amaba a la Compañía de Jesús y siempre fue leal con sus superiores; pero sabía que todo estaba al servicio del Reino y a la mayor Gloria de Dios.

Lo ví vibrar con las ideas nuevas, entusiasmado al leer **El corazón de las masas** del P. Voillaume y los escritos del Abate Godín fundador de los sacerdotes obreros de Francia.

Siempre abierto y acogedor al mundo nuevo. Me atrevo a pensar que si hubiera conocido la carta de Paulo VI sobre la Evangelización se habría sentido felizmente interpretado.

Presento esta perspectiva de un hombre visionario porque hoy día, en un tiempo de cambios apasionantes, difíciles y complejos, se requieren cristianos, sacerdotes y laicos que sepan buscar respuestas nuevas a los desafíos de la historia.

Alberto Hurtado recomendaba un viejo libro llamado **La Iglesia en las encrucijadas de la historia** (Godofredo Kurth) y me parece que en la actual encrucijada, talvez la mayor de toda la historia se nos pide apertura, audacia y valor para presentar el Reino de Dios, el Evangelio de Jesús en una forma adecuada a las culturas nuevas, a las mentalidades diferentes, a una nueva generación que está buscando, talvez sin saberlo, el rostro de Dios en forma comprensible para ellos.

Uno de los grandes peligros de la Iglesia es quedarse anclada en la seguridad, en lo es-

tablecido olvidando que la "falsa tradición suele esconder una gran mediocridad".

El Padre Hurtado es un profeta de tiempos nuevos. En esta veta habría que buscarlo para encontrar respuestas a nuestro tiempo y vivir con paz y alegría. Ojalá pudiéramos vivir hoy día como él "*contento, Señor contento*" porque estamos construyendo el rostro de Iglesia que Jesús espera.

### III. EL CALVARIO FINAL

He pedido autorización a Martha Holley de Benavente para presentar, en proporción importante, sus apuntes sobre la enfermedad final del Padre Hurtado. Ella, gentilmente accedió a esta petición. La señora Martha inicia así sus apuntes:

"Miro atónita dos columnas de datos, como dos caras de la misma medalla. Han estado sepultados tantos años y ahora los cotejo con calma y emoción. Pertenecen a acontecimientos relativos al último tramo de la larga y dolorosa enfermedad de nuestro querido Padre Hurtado".

"Lo veo a través del tiempo en su cama de enfermo del Hospital Clínico de la Universidad Católica de Chile. Pieza a la que uno entraba con la reverencia con la cual se penetra a un santuario. A pesar del aspecto físico del Padre Hurtado que se iba destruyendo rápidamente, allí estaba él con la sonrisa en los labios, para

recibir el tumulto de visitas que pedían un consejo, que se arrodillaban para recibir su bendición, para confesarse hasta penetrar al fondo de las conciencias con sus flaquezas y pecados y que de allí salían transfigurados. ¿De donde sacaba fuerzas el Padre Hurtado para soportar ese martirio velado por su bondad y deseo de servir a los demás?..."

"Cuando se le preguntaba como se sentía contestaba: *"Dios ha sido muy bueno conmigo, el mejor de los Padres, no me ha dado dolores y me ha dado tiempo y la tranquilidad para pensar en El, perderme en El, lo que me era más difícil con la vida llena de obligaciones que tenía. Ahora veo con gran claridad lo que es la Vida Eterna: Conocerte a Tí Dios Padre y al que tu enviaste Jesucristo"*.

"Se me ocurrió apuntar casi diariamente el curso de su enfermedad de acuerdo a lo que me contaba mi marido, el Dr. Ricardo Benavente, médico del Hospital Clínico de la Universidad Católica. El veía la ficha diaria del enfermo, se preocupaba de aliviarlo lo más posible, indicando lo que se debía hacer en ese momento concreto, colaborando con el profesor Rodolfo

Armas, médico cabecera, con quien le unía una gran amistad y aprecio".

"Cansado después de una jornada agotadora, mi marido se sentaba junto a mí. El me decía frecuentemente; "Nunca he atendido a un enfermo igual, Dios está en él. En realidad estábamos presenciando la muerte de un "santo" que nos acercaba a Dios con su ejemplo y así no pude menos que anotar esos datos pensando que podrían servir más tarde".

"He rememorado al P. Hurtado varias veces; pero, sorpresivamente, buscando unos papeles que necesitaba, en el fondo del escritorio de mi marido, encontré un sobre que decía: Padre Hurtado. Eran las radiografías tomadas durante su enfermedad. Y para sorpresa mía estaban también todas las fichas del enfermo; con las anotaciones y las observaciones de los médicos y de los internos que lo atendían en sus diferentes turnos. Me temblaban las manos, allí estaba el calvario que había sufrido el Padre Hurtado".

"Nació entonces en mí el cotejar lo que él nos decía y lo que realmente le tocó vivir, con toda su crudeza y así pude medir lo heroico de su actitud



frente a los demás, y la santidad que significaba esa entrega total a su Padre Dios con alegría, "Contento, Señor, Contento", porque estaba inmerso en El. La oración de San Ignacio: "Tomad, Señor y Recibid, Toda mi voluntad, mi entendimiento y toda mi libertad, todo mi haber y mi poseer. Vos me lo disteis, a Vos Señor lo torno, todo es vuestro. Disponed de ello conforme a vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta, sin que os pida otra cosa". No eran palabras vanas porque el Padre Hurtado, vivía de verdad esta oración".

"Comienza el informe médico el 6 de Junio de 1952, fecha de ingreso al hospital; examen retrospectivo que se le hace al enfermo, cuando ingresa. El doctor anotó: El Padre acusa mareos, malestar general, falta de memoria; por estos motivos consultó médico. Luego vienen otros síntomas: aumento de la presión arterial, deposiciones varias al día; esto sucede, según el Padre, desde Octubre de 1951. Ya en Mayo al entrar a su oficina por asuntos del Hogar de Cristo, lo había encontrado arreglando cajones de su escritorio y me dijo: "Arreglo las cosas para

que no haya dificultades después. Anoche me sentí tan mal, que creí que era el fin".

Mientras conversaba de cosas del Hogar de Cristo, seguía ordenando cajones y firmando cheques. ¿Cómo si se sentía tan mal la noche anterior, que creyó que se moría, estaba allí, con qué esfuerzo, ordenando y atendiendo público como si nada pasara?."

Ya en esta fecha, el cáncer se había iniciado en el proceso que lo llevó a la muerte.

En otra ocasión me había dicho: "me siento como cochayuyo, sin fuerza para nada".

"Ya hospitalizado el 16 de Junio el médico anotó: malestar general, enflaquecimiento de varios kilos, palidez, anorexia. El con espíritu de fe ofrecía sus dolores por los pobres, por la ASICH (Asociación Sindical Chilena), por el Hogar. Su vida había sido un ejemplo y su enfermedad también era consecuencia de su vida."

"El 12 de Julio, en el primer aniversario de la Fraternidad del Hogar de Cristo nos recibe a quienes pertenecíamos a ella. El médico deja constancia ese día: decaído, astenia, vómitos

alimenticios, molestias abdominales. Sin embargo nos recibe a todos, para decirnos adiós. Entramos a su pieza. Está pálido, flaco, débil, no es el Padre que hemos conocido, pero está allí su sonrisa y su mirada penetrante. Con voz temblorosa agradece nuestra venida y nos bendice, confiándonos a los pobres y respetando su dignidad."

El 20 de Julio consigna el médico: diversos puntos dolorosos, dolor en ambas piernas con signo de flebitis más acentuada en la izquierda, enflaquecimiento de varios kilos, palidez, anorexia. Mis notas dicen: El calvario continúa. Después de una noche más o menos tranquila, por un calmante, comienza el despertar con nuevos dolores. Los labios partidos, la boca llena de aftas, el infarto en el pulmón derecho con un dolor tan agudo, el vientre hinchado, lleno de líquido, el esófago rígido, los brazos según dice "como un colador por las inyecciones"; pero no hay ninguna queja, ofrece sus dolores con espíritu de fe, en silencio y con paz.

"Esa noche está peor; el médico lo encuentra encogido, hecho un nudo sobre el costado. Ya no puede sonreír, pero según dice está en una gran

paz. Dice: "*Estoy como un neumático roto, lleno de rajaduras, el doctor no se da por vencido y quiere seguir batallando. Pero estoy en las manos de Dios, que se haga su voluntad*". El médico se despidió captando que la santidad está al alcance de la mano y que también el enfermo está entrando en la muerte con los ojos abiertos, lúcido y con paz.

Día a día la hoja clínica anota las variaciones de una pendiente que va descendiendo en forma vertiginosa. Se alarga la lista de los remedios, de exámenes, transfusiones de sangre. Pese a todo esto, sigue recibiendo gente, ayudando, ofreciendo sus dolores. Pero la parte humana se quiebra y llora en silencio con facilidad. "*Deben perdonarme pero estoy tan llorón*". Estando el Comité de Señoras que trabajaban en el Hogar de Cristo les dijo "*Que Cristo crezca en todas ustedes y estén atentas para que no disminuya lo que hay que hacer por los pobres hoy. Que Cristo tenga menos hambre, menos sed, que esté más cubierto, gracias a Uds.*"

"El 31 de Julio: la hoja médica anota: Radioterapia 5 minutos, Palidez, ictericia conjuntival. En el vientre los nódulos cancerosos han au-

mentado rápidamente, considerablemente de tamaño."

Y así llegó el mes de Agosto, el mes final de una vida santa.

"6 de Agosto: la hoja médica indica: Oxígeno, fiebre de 39 grados, taquicardia."

"10 de Agosto: anota el médico: transfusión 400 cc. Flatulencia y sensación de asco. Nódulos hepáticos crecen y aumentan de tamaño con gran velocidad."

"12 de Agosto: Durmió bien con Sedol. Esteriores en la base izquierda del pulmón. Entre los días anotados se acusa cordón venoso en el brazo izquierdo. Franco aumento del volumen de la pierna derecha. Edema blando. Abundante secreción bronquial flante que expulsa con dificultad, hipo, disneico.

En este contexto de gravedad, el Padre quiere dar precisiones que se necesitan en el Hogar de Cristo y en la Fraternidad. En esa mañana dice textualmente: "*Estoy en las manos del Patrón. Somos sus hijos que podemos temer*"... Toda su actitud era de oración; pero con una voz que

tiembla levanta sus manos al cielo mientras da una bendición haciendo el signo de la cruz. Mientras le corren las lágrimas dice: "*Nunca he tenido hijos menos míos que el Hogar de Cristo y la Fraternidad. Soy un simple instrumento*". ¿Cómo puede hablar con todos los transtornos y dolores que está sufriendo. Afuera del cuarto en que está agonizando esperan su turno varias personas que quieren despedirse o escuchar alguna palabra de esperanza a sus problemas personales."

"15 de Agosto: La hoja clínica dice: Transfusión 400 cc. Astenia, falta de fuerza. Gran desaliento, durmió muy poco al suspenderle el calmante, Edema dorso-lumbar acentuado.

La Sra. Benavente anota en su diario: "El Padre está hoy día muy mal. No sujeta nada en el estómago. Es ya un estado final. Al saber por Ricardo que estoy fuera me manda a llamar. Qué terrible aspecto tiene, tomo sus manos con el cariño de hija, de hermana mayor. "*La Santísima Virgen vendrá talvez a buscarme. Estoy en el andén con las maletas listas y el tren no pasa*". En el silencio se oye el ruido de la sangre de la transfusión en la ampolla. Le dice a Ricardo que

abra el cajón del velador. Había dentro un pequeño paquete, pero no pudo abrirlo; le ayudé, puesto que el otro brazo estaba inmovilizado con la transfusión. Era un crucifijo. Lo besó y me lo entregó. A Ricardo, mi marido, le da un rosario. Todos estamos llorando y el Padre también llora."

16 de Agosto. Abdomen muy distendido, ascético dice la hoja del hospital. Para nosotros una noche muy agitada, dormitando y con la oreja tendida al teléfono.

17 de Agosto. Transfusión de nuevo, 500 cc., gran decaimiento, astenia, flatulencia, vómitos. Pulso débil. A las 6:30 horas de la mañana estoy en el hospital. Me hace entrar. Sí, ahora es el fin; que pálido, que deshecho está. Ricardo antes del desayuno le ha puesto oxígeno e inyecciones. Me toma las manos entre las suyas y me dice: "*Que gusto de verla. Que Dios siga bendiciéndola y santificándola*". Luego me mira sonriendo y me dice: "*Esta es la vida eterna: conocerte a Tí, ¡Oh Padre! y al que Tú enviaste, Jesucristo. La vida eterna comienza aquí abajo*". Le traen el desayuno, la taza es demasiado pesada para él. "*Tengo*

*fuerza de guagua*". Ricardo le da el té a cucharaditas."

"La religiosa del piso, Madre Leonor, entra para preguntarle cómo se siente. "*Todavía vivo, Madrecita, todavía vivo*". Aún tiene fuerza para hacer sonreír a costa suya. Nos despedimos para que descanse. "*Hasta luego, que Dios les pague*".

A las 5 de la tarde en el hospital la noticia ha trascendido. La radio ha hablado. Encontramos mucha gente frente a su puerta. A las 22 hrs. volvemos al hospital. Es su última noche; de su puerta entreabierta siento el trajín de mi marido, el esfuerzo por vomitar, la sed, el hielo que se le trae, oxígeno. Con un calmante llamado Sedol, descansa. Volvemos a casa."

18 de Agosto: Ese día le celebro la Santa Misa para él, a las 6 de la mañana y tuvo fuerza para agradecérmelo con una sonrisa. Pudo comulgar con esfuerzo un trozo de hostia consagrada. En la hoja clínica de ese día está escrito: intensa astenia, pulso débil, presión 7 con 3, tendencia al enfriamiento. Enfermo en estado disneico, cianosis (color morado en las manos y en los pies), oxígeno, sedol. A las 11 A.M. la presión ha bajado.

El pulso no se palpa. A las 2 P.M. inconsciente, presión 5. Colapso.

¿Qué dicen las notas de Martha Benavente ese 18 de Agosto?. "A las 6 A.M. suena el teléfono es el Dr. Cubillos que dice que el Padre está muy mal. 2 cafeínas, 2 suprarenales, 2 adrenalinas es la orden. A la carrera llegamos al hospital. Las inyecciones han dejado de hacer efecto, y vuelve el Padre a caer en los vómitos y la asfixia. A las 11, ya el Padre ha entrado en agonía; yo, esperando, temblando en el corredor del hospital".

"Abro la puerta y cerca del umbral, veo semi sentado el Padre, con los ojos cerrados y llenos de lágrimas. Respira con un ronquido que da pena. Se espera que dure un día. Ricardo tiene que ver a otros enfermos, lo acompaño; luego, volvemos al hospital y me dicen "apúrense, es el final". El Padre Balmaceda sostiene la mandíbula con un pañuelo. Una última lágrima brilla en el rincón del ojo izquierdo. Son las 5 de la tarde y el Padre ha fallecido en ese instante".

"El Padre Balmaceda y Ricardo se quedan en la pieza para arreglarlo y revestirlo. Cuando se abre de nuevo la puerta, el Padre Hurtado nos

espera. Con los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre el crucifijo de sus votos, el gesto serio de las grandes ocasiones, reposita en paz. Se reza alrededor de su cama y luego un gran silencio".

Ya lo vienen a buscar para llevarlo a la iglesia de San Ignacio. Se le lleva en una camilla. Ya está la pieza vacía. Nada más tenemos que hacer aquí".

Y terminan los apuntes: "No sé si he logrado revivir todos los momentos, cuántos otros se podrían rememorar! Las frases escuetas, científicas de los médicos que encierran en cada palabra un calvario vivido en Dios. Por otro lado lo que yo no pude captar, y lo que mi pequeñez no vislumbró. Pero una cosa es cierta y perdura a través de los años; este Siervo de Dios nos empujó a una realidad sobrenatural y nos hizo palpable la santidad".

#### IV. SUS PENSAMIENTOS

Me parece que ayudará a conocer mejor al Padre Hurtado meditar en lo que él pensaba y decía a través de sus escritos y conversaciones. En estas reflexiones se ha buscado una recopilación de estos pensamientos que reflejan mejor su identidad.

"El choque más vehemente entre el espíritu de Cristo y el espíritu del "mundo" se realiza en el terreno de las riquezas. Sus puntos de vista son irreconciliables".

(Humanismo Social)

• "La Iglesia no predica contra el dinero, sino contra el mal uso del dinero".

(Tradición Oral)

"Doce apóstoles llenos de fe fueron los primeros cultivadores del mundo e hicieron brotar una mies abundante de puro trigo. Un sacerdote

santo trabaja más de diez tibios y produce frutos más abundantes que todos ellos. El problema sacerdotal encierra, pues, un problema de santidad en primer lugar; de correspondencia a la gracia; de abnegación, de formación seria y profunda en las disciplinas sagradas y en los conocimientos humanos. El sacerdote es mediador entre Dios y los hombres, instrumento en manos del Redentor para salvar a los hombres, y el instrumento debe estar unido a la causa que le mueve y al objeto a que se aplica".

(¿Es Chile un país católico?)

"Una Iglesia será lo que sean sus sacerdotes".

(¿Es Chile un país católico?)

"Lo primero que se le pide a un sacerdote es la santidad de su vida, pero además se le exige ciencia divina y humana y el conocimiento de todo lo que tiene valor espiritual".

(Humanismo Social)

"Mientras los cristianos no encarnen en sus corazones y en sus obras la concepción de los

hombres que tuvo el Maestro, el pueblo vivirá alejado de la Iglesia".

(¿Es Chile un país católico?)

"No puede pretender llamarse cristiano quien cierra su corazón al prójimo.

Se engaña si pretende ser cristiano quien acude con frecuencia al templo, pero no cuida de aliviar las miserias de los pobres.

Se engaña quien piensa con frecuencia en el cielo, pero se olvida de las miserias de la tierra en que vive. No menos se engañan los jóvenes y adultos que se creen buenos porque no aceptan pensamientos groseros, pero no son capaces de sacrificarse por sus prójimos. Un corazón cristiano ha de cerrarse a los malos pensamientos, pero también ha de abrirse a los que son de caridad".

(Humanismo Social)

"Por la fe debemos ver en los pobres a Cristo y si no lo vemos es porque nuestra fe es tibia y nuestro amor imperfecto".

(Humanismo Social)

"La alegría o el dolor, es siempre la visita de Dios".

"Se empieza a comprender, cuando se empieza a sufrir".

(Tradición Oral)

"Si no veis claro en el camino a seguir, elegid el más difícil".

(Tradición Oral)

"La verdadera concepción cristiana de la vida no es burguesa ni cómoda: es heroica".

(Conferencia a Oficinistas)

"El mundo tiene hambre de Dios; pero el mundo se va a convertir por los cristianos que llevan la cruz en el fondo del alma, no colgando del cuello".

(Tradición Oral)

"La paciencia, la dulzura, la calma, son cualidades morales que desarmen a los hombres".

(Tradición Oral)

"La bondad es comprensión del problema interno de cada alma".

(Tradición Oral)

"No olvidemos que la grandeza del ser humano viene por el alma, no por el cuerpo. El cuerpo sólo vale en cuanto es instrumento para el espíritu".

(Conferencia a Oficinistas)

"La verdadera devoción no consiste solamente en buscar a Dios en el Cielo o a Cristo en la eucaristía, sino también en verlo y servirlo en la persona de cada uno de nuestros hermanos".

(Mensaje)

"El cariño no es recibir, es dar".

"Darse, es cumplir justicia".

"Darse, es ofrecerse a sí mismo y todo lo que se tiene".

"Darse, es orientar todas sus capacidades de acción hacia el Señor".

(Tradición Oral)

"La esperanza es una flor que brota nutrida por la fe".

(Tradición Oral)

"Ser realistas, si queremos ser católicos".

(Tradición Oral)

"El Católico es social, no por anticomunista, sino porque es católico".

(Humanismo Social)

"Hoy no se necesitan anti-comunistas, anti-protestantes, sino constructores".

(Conferencia a Oficinistas)

"En lugar de dejar un bálsamo, deja una herida aquel que da consejos, sin dar pan".

(Tradición Oral)



"La fidelidad a Dios si es verdadera debe traducirse en justicia frente a los hombres".

(Humanismo Social)

"Toda educación social comienza por valorar la justicia. La justicia parece una virtud destinada, sin brillo, porque sus exigencias son a primera vista muy modestas, por eso no despierta entusiasmo. Su cumplimiento no acarrea gloria. Es la más humilde de las virtudes. Uno podrá ufanarse de sus limosnas, pero no de no haber matado a alguien, ni de haber pagado sus deudas, de no haber difamado al prójimo. Esto es lo que tenía que hacer y nada más.

Y sin embargo la justicia es una virtud difícil, muy difícil cuya práctica exige una gran dosis de rectitud y de humildad".

(Humanismo Social)

"Abuso de las riquezas, acaparamientos, especulaciones, precios injustos, vida social exagerada, constituyen otras tantas deserciones al espíritu social del cristiano que es necesario señalar en forma bien precisa. Hay que vivir permanentemente alerta para no desertar del

espíritu de Cristo y no adherir a la mentalidad pagana del ambiente. Hay un peligro continuo de solidarizar más íntimamente con las costumbres de la sociedad en la que vivimos temporalmente, que con las máximas de la Iglesia que es nuestra sociedad de la eternidad".

(Humanismo Social)

"Cada conquista se paga. Nosotros nos gloriamos de nuestra élite cultural, pero ella cuesta el precio de un enorme descuido de la masa y ese precio es demasiado caro. Sin ahogar la vida de una selección, que en todo pueblo, aún en la democracia ha de existir, elevemos el pueblo común a una vida en verdad humana".

(Humanismo Social)

"Un espíritu de sobriedad en la vida social. Que por nada en el mundo pueda mantenerse la impresión de que hay una clase social que se divierte en exceso mientras el resto se afana en duros trabajos".

(Humanismo Social)

"Irás por el camino buscando a Dios; pero atento a las necesidades de tus hermanos".

(Humanismo Social)

"Apareja el oído, los ojos y las manos, para que ninguna necesidad, ninguna angustia, ningún desamparo, pasen de largo".

(Humanismo Social)

"Acabar con la miseria es imposible, pero luchar contra ella es deber sagrado".

(Humanismo Social)

"El católico ha de ser como amigo del orden, pero éste no es la inmovilidad impuesta de fuera sino el equilibrio interior que se realiza por el cumplimiento de la justicia y de la caridad".

(Humanismo Social)

"Mientras uno busque la verdad con buena voluntad y modestia merece que su libertad sea respetada, recordando la fórmula tradicional en estas materias para el católico: en las cosas necesarias la unidad, en las dudosas la libertad y sobre todas la caridad".

(Humanismo Social)

He escrito estas reflexiones ciertamente incompletas y mal hilvanadas. Lo he hecho pensando que es necesario recordar a todos los cristianos que la santidad sigue teniendo vigencia y el llamado a ser santo es una de las exigencias más fuertes de Jesucristo.

Alberto Hurtado entregó todo lo que tenía y lo que era para comprar el tesoro escondido en el campo y la perla fina como relata el capítulo 13 de San Mateo.

Después de su muerte, el día de su funeral, fui testigo de una gran cruz de nubes que se dibujaba en el cielo de ese invierno de 1952. Parece que Dios quiso mostrar que había llegado a la casa del

cielo un hijo que había tratado lealmente vivir la radicalidad del Evangelio.

El vivió, creyó y esperó. Que hoy nos ayude a ser más hermanos, más visionarios y que aprendamos a asumir la vida como Alberto Hurtado la supo asumir.

+ CARLOS GONZALEZ C.

Obispo de Talca.

## APENDICE.

Oración fúnebre pronunciada por  
Don Manuel Larraín, Obispo de Talca,  
en la iglesia de San Ignacio,  
con ocasión de los funerales del  
P. Alberto Hurtado Cruchaga.

Agosto de 1952

## APOSTOL DE JESUCRISTO

**E**minentísimo Cardenal Primado, señores Ministros de Estado, Excelentísimo señor Nuncio Apostólico de Su Santidad, Excmos. Sres. Obispos, señores parlamentarios, señor Alcalde de Santiago, Reverendo Padre Provincial de la Compañía de Jesús, señoras, señores:

Un gran silencio, entrecortado sólo por la plegaria, era el único elogio que el Padre Hurtado ambicionara. Un gran silencio, donde esconder un gran dolor, hubiera sido lo único que el gran amigo de toda una existencia en estos instantes deseara. Y, sin embargo, es necesario hablar para destacar más allá de la muerte su figura de apóstol. Hablar, para escuchar más allá de los lindes del tiempo su imperecedera lección.

Hay que decir en palabras lo que murmuran las lágrimas. Hay que concretar en reglas de vida lo que proclaman sus obras.

Si calláramos, "*lapides clamabunt*", las piedras clamarían.

Si silenciáramos su lección, desconoceríamos el tiempo de una gran visita de Dios a nuestra patria.

Y, sin embargo, ¡cuán difícil, por no decir imposible, es el encerrar en el estrecho marco de estas palabras la múltiple y rica personalidad del Padre Alberto Hurtado!

¿Cómo vamos, siquiera a enumerar sus variadas obras, capaz cada una de ellas de llenar la vida de un hombre? ¿Y cómo vamos, pálidamente, a esbozar la hondura de su pensar, la amplitud de su querer, la lucha de su perseverar y el heroísmo de su sufrir? Y, sobre todo, ¿quién podrá transmitir a las mezquinas palabras humanas el fuego devorador que alumbró y consumió su vida?

Para condensar todas estas variadas facetas en una sola luz, no he hallado otro pensamiento mejor que lo sintetice que la palabra con que el mismo San Pablo se designa "*Apostolus Jesu Christi*", Apóstol de Jesucristo. En ella se encierra la rica y breve vida del Padre Hurtado en la tierra. Ella constituye, en la muerte, su mejor elogio, así

como también ella es ya su corona en la Apostolus gloria Christi, el Apóstol es gloria de Cristo.

El Padre Alberto Hurtado tenía ciertamente todas las características de esos hombres que Dios suscita, para ser en cada época los enviados que testimonian la trascendencia de lo eterno y captan, para orientarlas, las angustias y las inquietudes de su generación.

El apóstol es el hombre que toma conciencia de su misión divina y se entrega a ella sin límite. Es el que da la vida, el que se juega la vida, el que sabe que la vida vale en la misma medida del amor que la alienta e inspira.

Por eso hay, también, en el apóstol genuino los rasgos de un profeta.

Mientras el mundo se apega a lo que pasa, el apóstol clama la trascendencia de las cosas de Dios.

Mientras "*la fascinación de la bagatela*" (*fascinatio nugacitatis*) oscurece los bienes, el apóstol abre las perspectivas infinitas del reino del espíritu.

Mientras las convenciones, el egoísmo y los prejuicios humanos encadenan, el apóstol hace resonar oportuna e inoportunamente la verdad de Dios, que libera.

Mientras la codicia pone sed de oro, la sensualidad, de goce, y la ambición de gloria vana, el Apóstol señala las fuentes de aguas vivas que saltan hacia la vida aterna.

Mientras los hombres tratan de empequeñecer y apropiarse del mensaje evangélico, el apóstol reivindica: el "*verbum Dei non est alligatum*", no se puede amarrar con lazos de carne la palabra de Dios.

Por eso, el apóstol es, sobre todo, el hombre del amor: el que no da su corazón a nadie, para ofrecerlo a todos; el que se olvida de sí mismo para ofrecerse a los demás; el que cada dolor lo hace suyo y cada gemido humano encuentra un eco en su corazón: El apóstol es el hombre que bajo el amor de Padre de los Cielos realiza, en el amor universal de sus hermanos, el hondo sentido cristiano de la fraternidad. El apóstol es un cáliz que rebosa caridad.

Y ésa fue la vida del Padre Alberto Hurtado.

Para comprenderla debemos remontarnos a sus raíces, sobre su niñez y adolescencia, contemplar la figura admirable de una madre cristiana. Ni su viudez temprana, ni graves dificultades económicas pudieron en esa mujer fuerte apartarla de su doble misión: la educación de sus hijos y el sentido de su deber social.

Fue junto a ella, en su labor en el Patronato de San Antonio, donde el Padre Hurtado comenzó a comprender el terrible peso del mandamiento supremo: "*Y amarás al prójimo como a ti mismo, por amor de Dios*". Fue en esa escuela donde apóstol del mañana halló el sentido del pobre, que iluminó más tarde su vida.

Ella lo acompañó en su adolescencia y lo orientó en su vida. Ella lo cedió generosa cuando el Señor lo solicitó. Cumplida su misión de madre cristiana y formadora del apóstol, ella lo precedió en la peregrinación eterna.

Y el Padre Hurtado pagó con esa fidelidad tan suya el sentido apostólico que su madre le imprimiera.

Frente a su lecho de enfermo, dos fotografías acompañaron su postrera inmolación: la de su

Madre del cielo, en su cuadro que adorna este altar, la Virgen de nuestra infancia y de nuestra Primera Comunión, y la de su madre de la tierra, que le enseñara a amar a la del cielo.

Apóstol lo fue desde su juventud. Era un niño de 14 años y ya sentía el llamado de la miseria espiritual y material de los suburbios del Santiago de entonces. Patronato de San José, Patronato de Andacollo, Conferencia de San Vicente, sabían de un joven que comenzaba a mirar la vida a la luz del dolor de sus hermanos, y cuya línea de felicidad pasaba por donde está el mayor sufrimiento de los demás.

Cuando la hora de las inquietudes del adolescente llega, cuando ante la mente del joven se diseña la pregunta decisiva: ¿qué orientación dar a su vida?, la respuesta generosa de Alberto Hurtado está ya dada: será sacerdote, para así consagrarse a sus hermanos; y su ideal apostólico se encauzará en el ideal de la Compañía de Jesús.

Pero el Señor quiere que esta vocación se pruebe. Su madre necesita de su ayuda y el ideal de la vida religiosa parece aún lejano. No importa, será apóstol en el ambiente donde Dios

lo retiene. Aulas de Derecho de la Universidad Católica, ambiente del Regimiento Yungay, donde cumple su servicio militar, círculos y actividades de la inolvidable Anec, Congregación Mariana de San Ignacio, verán al joven tan alegre en su sonrisa, tan viril en su piedad, tan ejemplar en sus actitudes, que sólo Dios y nuestra generación sabemos lo que representó en nuestra vida de muchachos el ejemplo íntegro, el consejo prudente, la vibración apostólica de Alberto Hurtado.

Yo sé que en estos momentos muchos de esos viejos compañeros y amigos escuchan estas palabras, y con los ojos velados ven, a través de los años, como un signo de luz, la figura ejemplar del amigo ido.

La mano de la Providencia ha permitido que sus sueños apostólicos comiencen a verse realizados. Y un 14 de agosto de 1923 marcha al noviciado de la Compañía en Chillán.

Años largos y difíciles. Lejanía de la patria. nostalgia cariñosa de la madre buena que allá espera. Córdoba de Argentina, Barcelona, Lovaina, todo eso no es sino un estímulo que

espolea más fuerte el corazón del apóstol que allí se forja.

Esos doce años de plegarias y de estudio, de disciplina fuerte y de hondo anhelar, tienen para el Padre un solo nombre y un solo significado: "*el crisol donde se forja un Apóstol*".

Y fue hace cinco años que personalmente recogí del que fuera su superior en Lovaina y hoy Reverendísimo Padre General de la Compañía, este testimonio simple y grande: "*En mis largos años de Superior no he visto pasar junto a mí un alma de mayor irradiación apostólica que la del Padre Hurtado*".

Y el momento tantas veces anhelado llegó por fin.

El apóstol viene a dar en plenitud lo que llena su alma. Y de esa múltiple labor todos, en una forma u otra, hemos sido los testigos.

¿Quién podrá resumirla y quién podrá contarla?

Dante, al hablar de Francisco de Asís, sólo pudo decir: "*La cui mirabil vita meglio in gloria del ciel si canterebbe*".

También del Padre Hurtado podemos exclamar algo semejante.

Dieciséis años de labor apostólica que abarca todos los campos, que llena todo Chile y trasciende sus fronteras, y que tiene, como inmediatamente diremos, el sentido de una impeccedera lección y de un urgente llamado.

Dieciséis años. Cifra tan corta en número y tan rica en contenido. Ella nos entrega la fórmula que condensa su vida: "*Apostolus Jesu Christi*", Apóstol de Jesucristo.

Ante esa vida nos detenemos hoy a meditar.

La primera lección que ahí encontramos es el sano realismo que la fundamenta.

El sabe que es portador de un mensaje eterno que hay que entregar en el tiempo. Dispensador de una vida divina que hay que dar a los hombres. Y, en consecuencia, hay que conocer ese tiempo y esos hombres.

El Padre ha meditado muchas veces la palabra de Jesús en San Mateo: "*Se le acercaron los fariseos y saduceos para tentarle y le rogaron que les mostrara una señal del cielo. El*

*respondiéndoles, les dijo: "Por la tarde, decís, hará buen tiempo, si el cielo está arrebolado; y a la mañana, hoy habrá tempestad, si en el cielo hay arreboles oscuros. Sabéis discernir las señales de los tiempos nuevos".*

Y no quiso que para los católicos de Chile pudiera aplicarse el reproche de Jesús de "*no saber discernir las señales de los tiempos nuevos*". Quiso, en cambio, que su acción fuera tanto más realista cuanto más alto era su ideal. Y que para ello se penetraran de la gravedad de los tiempos que vivimos, se enfrentaran al hecho de nuestra paganización creciente y sacaran de ahí, en forma viva y apremiante, la conciencia de su dolor apostólico. Y fruto de este realismo apostólico fue su trascendental libro "*¿Es Chile un país católico?*". El título y la tesis tenían que chocar. ¡Es tan dulce dormirse sobre la ilusión de una cifra estadística! Es tan fácil excusarse de la acción profunda, diciendo: "¡Chile es un país católico!". ¡Es tan cómodo abandonar los problemas vitales de la Iglesia que exigen sacrificio constante y reemplazarlo por unas cuantas manifestaciones bullangueras! Pero el apóstol de verdad ha sido puesto como "*dardo*



agudo" que se clava en las carnes dormidas, como vigía que rompe con su grito estridente el silencio cómplice de la noche. Y, pese a las incompresiones y a las críticas, el libro quedó como una interrogante agustiosa que golpea, urgiendo, las conciencias cristianas: "¿Es Chile un país católico?"

Si un gran examen de conciencia comienza hoy a hacerse entre los católicos chilenos, si la distinción entre lo vital y lo aparentemente cristiano va penetrando en muchos espíritus, si la necesidad de una acción profunda que nace de una vida íntegramente vivida se hace sentir más fuertemente, si, en una palabra, nuestra acción se basa en realidades que no por amargas, dejan de ser realidades, tendremos en el futuro que señalar la audacia de un apóstol que, con magnífica libertad, dijo fuerte lo que su mente veía, y supo de esa misma realidad sacar las normas de la acción.

El libro del Padre Hurtado marca una etapa decisiva en la historia de nuestro apostolado chileno.

Y porque era realista, su mirada debió dirigirse hacia las necesidades vitales y primordiales de una Iglesia: las vocaciones. Una Iglesia que no da el número de vocaciones sacerdotales y religiosas que requiere está enferma en sus raíces. El avanzar cristiano es interno y, si faltan los órganos generadores de esa vida, esa Iglesia está fatalmente condenada a decaer.

Y él, que supo dar a su vida la inmensa llama apostólica que lo consumió, supo también encenderla en otras almas juveniles. Como el poeta de la antigüedad clásica, el Padre Hurtado pudo repetir su célebre verso: "sicut cursores, vitae lampades trahunt". "Como corredores que se transmiten las lámparas de la vida".

"*El Padre Hurtado pesca vocaciones*", decían aquellos padres y madres temerosos que, en su mezquindad egoísta, niegan a sus hijos al llamado de Dios. Y no comprendían que esas vocaciones nacían al contacto del alma inflamada de un apóstol y eran la realización en el tiempo de la eterna palabra de Jesús: "*He venido a traer fuego a la tierra; y ¿qué otra cosa quiero sino que se abraze?*".

El noviciado de Loyola dirá, en su realización material, en el número de sus novicios y en el espíritu que lo alienta, de lo que es capaz un alma que sabe, como el Fundador de su Orden, repetir: "preferir a Dios sobre todas las cosas".

Y su alma grande no se encerrará tampoco en los marcos de su familia espiritual, y sabrá dar vocaciones a los demás Seminarios diocesanos y religiosos. Hace apenas cuatro días ofrecía sus dolores con un "*qué bueno eres, Señor*", por las vocaciones del Seminario de Santiago.

Y la mirada del apóstol seguía, al imperio de la enseñanza divina, contemplando los campos donde blanquea la mies. Y vio a la juventud con sus anhelos e inquietudes, con sus flaquezas y desmayos y, como su Maestro "*intuitus... dilexit*", la miró hondo y la amó.

A través de Chile entero la juventud sintió la mano firme de un timonel que decía: "*avanzar mar adentro*"; y en su Asesor Nacional vio al Jefe que aguardaba.

Sobre todas las dificultades les enseñó la lección que formaba el corazón del joven: generosidad. Los quería fuertemente hombres y

profundamente cristianos. Inquietos a todas las angustias y prontos a toda donación. Mirada abierta, frente alta, mano que sabe darse con sinceridad, sonrisa fresca en los labios y, sobre todo, auténtico sentido cristiano de su misión.

Para ello tuvo una sola pedagogía y un solo secreto: amar y servir.

Quizás no siempre se ha reparado en el hondo significado de su característico saludo familiar: "*¿qué hay, patroncito?*" Y lo llamaron, cariñosamente, el "*patroncito*". El "*patroncito*" no era él, eran precisamente los otros, porque, como Jesús, "*él no había venido a ser servido sino a servir*".

Han pasado ya ocho años desde que dejara su cargo de Asesor Nacional de los jóvenes, pero sobre el tiempo sigue su figura íntimamente unida al destino de nuestra juventud.

Los jóvenes de ayer son hombres; sobre sus vidas maduras comienzan a caer "*el peso del día y del calor*", pero en sus ojos sigue reflejándose el fulgor del Asesor de entonces y sigue resonando el grito de las eternas ascensiones: "*Excelsior*", más arriba.

Pero el Sacerdote es antes que todo el "pontífice que puede condolerse de los que ignoran y yerran porque también está circundado de miseria y debilidad". Y por eso es juez y médico de las conciencias enfermas, al cual siempre se acude en los instantes del dolor. Y eso fue el Padre Hurtado. Nadie podrá decir su acción callada en esos problemas silenciosos que sólo a Dios y a sus Ministros se descubren. Los que de cerca y de lejos se congregan junto a sus despojos, los que con un nudo muy fuerte en la garganta apenas pueden modular una oración, sienten que en el Padre han perdido un médico que sanaba sus llagas, un consejero que recibía sus confidencias y orientaba, un amigo "que supo hacerse todo para todos, para ganarlos a todos para Cristo".

Y he dejado para el último lo que caracteriza su vida: su honda y trascendente misión social.

El Padre Hurtado comprendió plenamente lo que la doctrina social de la Iglesia encierra y representa. Sabía bien claro que el Cristianismo o es social o no es.

Con su realismo de apóstol genuino, vio lo que su santidad Pío XI llamara "el gran escándalo

del siglo XX: los obreros alejados de su Madre la Iglesia"; y, con otro gran apóstol moderno, sintió "que la Iglesia sin la clase obrera no es la Iglesia de Cristo". Y a sanar esta gran llaga se dio por entero en esa trascendente y vasta misión social. Le dio su mente, y fruto de ella fueron sus obras de sociología, que sirvieron para recordar los grandes postulados sociales de la Iglesia y a urgir a los católicos su aplicación.

Qué claro aparece en sus escritos la posición del católico: el cristiano no puede optar entre dos materialismos, sino abrazar plena, íntegra y totalmente la doctrina que la Iglesia le ha señalado con carácter de estricta obligación.

Le dio sus energías, y sus últimas palabras fueron para ofrecer el holocausto de su vida por el hogar y la Asich.

Le dio sobre todo su corazón. El Padre Hurtado vio cumplida en él las palabras del Salmista: "beatus qui intelligit super egenum et pauperem". Y tuvo como pocos el sentido del pobre.

Sobre la capital de la República hay un terrible escarnio que abofetea nuestro rostro de

chilenos y cristianos: los hombres sin techo, las viviendas inhumanas, las multitudes que no tienen "el espacio vital para que se desarrolle una familia", los hijos de Dios que no gozan de aquel mínimo de bienestar humano que el Angélico señala como requisito indispensable a la práctica de la virtud.

¡Qué fácil es arrojar unas cuantas frases hechas, como se pega un cartelón sobre un muro, para calmar nuestra conciencia que grita; qué fácil es decir: vicio, incultura, no se logra nada, como si con palabras sacudiéramos nuestra responsabilidad social!

El Padre Hurtado sintió esa lacra y enfrentó esa responsabilidad.

Amaneceres escarchados de un invierno santiaguino; los prados blanquean al llegar el día; y en los quicios de las puertas o sobre un banco de nuestros jardines, duermen, peor que animales, hermanos de nuestra raza e hijos de un mismo Padre celestial.

La prensa lacónicamente informa en sus hechos policiales: "ayer fueron hallados muertos por el frío, tres, cuatro, seis personas".

El corazón del Padre Hurtado no puede más. Callar sería complicidad. Y habla con su palabra de fuego que remueve. Muchos han comprendido. Una señora ha llegado esa tarde trayendo la única joya que le queda: el Hogar de Cristo ha nacido.

Y, como el grano de mostaza de la evangélica parábola, crece para dar techo, comida y, sobre todo, amor a tantos que sólo han tenido por lecho el río, por pan el infortunio y por única familia la orfandad.

Cuando en el siglo III el Diácono Lorenzo se oyó, en la persecución, decir por el juez "entrégame los tesoros de la Iglesia", llamando a los menesterosos se los presentó, diciéndole: "Aquí están los tesoros de la Iglesia".

He aquí, señores, lo que, en la tierra primero y desde el cielo ahora, nos dice el Padre Hurtado, señalándoles el Hogar de Cristo: "Aquí están los tesoros de la Iglesia".

¡Qué gran lección nos entrega!

¡El sentido del pobre! En ellos vio a Cristo. En sus llagas curó las del Maestro. En sus miembros ateridos cubrió la desnudez de Jesús.

Y hace dos días, me atrevo a decirlo con íntima certeza, allá en los cielos resonó con especial acento la voz del Juez Supremo que dictaba su sentencia de eternidad:

*"Ven, bendito de mi Padre, a poseer el reino que tenía preparado. Era peregrino sin techo y me recibiste. Estaba desnudo y me vestiste. Enfermo y me visitaste. Hambriento y me diste de comer.*

*Tuviste el sentido del pobre. Lo que hiciste a uno de esos desvalidos, me lo hiciste a Mí. Entra en el gozo de tu Señor".*

Pero el hogar de Cristo no contenta las ansías apostólicas del Padre. Hay que dar casa permanente a las familias. Y la Cooperativa de Edificación surge con este fin. Si su acción es limitada, tiene un alcance más vasto: despertar nuestra conciencia social en este problema de la habitación. El Apóstol se revela no sólo en lo que crea, sino en las proyecciones que su misma creación produce.

Junto a su lecho de enfermo llega la Primera Dama de la República, cuyo gesto maternal, dando a nuestro pueblo el hogar que imperiosamente necesita, recogerá la historia; y el Padre Hurtado le sonrío, prometiendo bendecir desde el cielo esa obra.

Ella sabe cómo el Padre alentó su obra y cómo, fiel a su promesa, continuará desde arriba protegiéndola.

Pero la "sensibilidad social" de que nos habla el Pontífice actual a los chilenos es algo más que mera beneficencia. La caridad que se dispensa de la justicia no es caridad.

El obrero y el empleado necesitan ser defendidos en sus derechos y amparados en sus justas reivindicaciones. Y para ello, en las condiciones actuales, ha de ir imprescindiblemente al sindicato.

El Padre Hurtado comprendió toda la trascendencia de la acción sindical y la necesidad de preparar para ella a los dirigentes, y fruto de su visión y de su energía, nació la Asich, Acción Sindical Chilena.

Para ella estuvieron hasta el final sus mejores actividades y desvelos. Para ellos escribió su obra "Sindicalismo". Ella fue en su visión de apóstol el medio de esa redención proletaria que Pío XI señala como meta de nuestra actividad social.

Pero más que la Asich, el Hogar de Cristo, la Cooperativa de Edificación, está el llamado que esas obras encierran. Han dicho Lacordaire "*que es propio de los grandes corazones el descubrir la necesidad más urgente de su época y consagrarse a ella*".

El gran corazón del Padre Hurtado nos deja este imperativo llamado: nuestro deber social.

El católico tiene una misión social que cumplir. El tomar conciencia de las exigencias sociales del cristianismo, es dar a nuestra fe su expresión plena y perfecta. Seguir a la Iglesia y no seguir con lealtad plena, con integridad máxima, con sinceridad generosa, su enseñanza social, es como pretender separar a Cristo de su Evangelio.

Podrán las obras que él fundara morir en el transcurso de los años, como muere y perece todo

lo humano, "*pero un monumento más perenne que el bronce*", aere perennius, proyectará en el tiempo el gran llamado a nuestro deber social que el Padre Hurtado nos dejara.

Como genuino apóstol, no le faltó en esa tarea el sello inconfundible de la cruz. Fue uno más que se sumó a los que en la implantación de esas doctrinas han debido probar entre nosotros el acíbar de la crítica y la hiel de la incomprensión.

Ni utopía de soñador ni exaltación de avanzado, ni odio de amargura inspiraban su firme posición y su tajante palabra. Porque no es utopía lo que está en la raíz misma del alma humana, ni amargura lo que tiene como savia vivificante el mandato supremo de la caridad.

Y por eso fue valiente en la posición adoptada.

Ser testimonio de una doctrina, no ceder ni ante el temor ni ante el halago, no claudicar en la posición muchas veces incomprendida, no desviar esa misma doctrina de la dirección rectilínea que debe seguir, no es cosa fácil; para ello se requiere esa fortaleza que nace de la convicción profunda, esa serenidad que sabe que

Dios y el tiempo hacen justicia, esa visión de eternidad que da a los hombres y problemas su verdadero valor.

Ese es el legado que el Padre Hurtado nos deja y la huella que trataremos de seguir.

Y ahora, señores, una pregunta tan sólo: ¿de dónde sacaba el Padre Hurtado las energías extraordinarias de su acción?

Y a esta pregunta una respuesta: junto a sus cualidades destacadas de hombre, el Padre Hurtado sumaba la fuerza incontrastable de una eminente virtud.

Religioso en el pleno y amplio sentido de la palabra, amó a la Compañía y en ella a la Iglesia con toda la vehemencia y la pasión de su corazón generoso. Forjado en el rico molde ignaciano, centró su vida en la ofrenda total que San Ignacio pone al final de sus ejercicios.

Si se me pidiese una síntesis de la espiritualidad del Padre que explicara todos y cada uno de sus actos de su vida, sin duda yo la encerraría en el llamado del Rey temporal a

seguirlo y en la ofrenda con que el alma responde al amor apremiante de Dios.

"Tomad, Señor, y recibid mi libertad, mi memoria, mi inteligencia y voluntad toda entera. Todo lo que tengo o que poseo, de Ti lo he recibido; a Ti, Señor, lo retorno. Dame tu amor y tu gracia, que eso me basta".

Apóstol de Jesucristo, su muerte ejemplar consumió el holocausto de su vida. "*Dame tu amor y tu gracia. Esto sólo me basta*".

Nos deja como a cristianos un luminoso ejemplo. Pero nos deja como a hombres un inmenso vacío. Por eso, a pesar del fiat muchas veces repetido, las lágrimas nos traicionan. Por eso en estos días, como un escalofrío, ha recorrido de norte a sur de la República la frase que, más que pronunciarse, se solloza: el Padre Hurtado ha muerto.

Y la frase resuena en el fondo de la mina oscura, a donde su palabra, como un mensaje de esperanza, penetró. Y sopla el puelche helado en nuestros caseríos campestres que escucharon, con la sencillez del campesino, el eco de su palabra evangélica. Y vibra sobre nuestras

pampas calicheras, donde el nortino, hecho esfuerzo y empuje, comprendió la buena nueva divina que, en palabras tan humanas, este apóstol obrero le traía. Y cae, como la lluvia de invierno sobre los techos de fonolitas de nuestras poblaciones callampas para repetir como un gran gemido: el Padre Hurtado ha muerto.

Y el pobre angustiado en su tugurio siente que un gran amigo se le ha ido. Y bajo los puentes del Mapocho, el huérfano sabe que ya no existe él, que quiso reintegrar su vida de vago a la sociedad. Y sobre el féretro, en un desfile continuo, ha ido cayendo como una oración, el llanto de los humildes y la plegaria de los que por él supieron del aproximarse a Dios.

Para él, que no tuvo más reposo en su agitada vida que la enfermedad y la muerte, ya ha resonado el "*descanse en paz*" de la Iglesia. Y entre los que amó con predilección, va a dormir su eterno sueño.

Y cuando el tiempo pase y la ley fatal del olvido vaya dejando caer sobre los hombres y sucesos su polvo sutil, junto a ese sepulcro vivirá el recuerdo de un sacerdote que amó mucho a

Dios y a sus hermanos, que amó a los pobres y a los humildes y por ellos, en suprema oblación, ofrendó su vida. "*Tomad, Señor, y recibid*".

Pero no podemos llorar como los que no tienen esperanzas. El ya habita el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz. Que su alma ardiente como llama resplandezca como luz.

"*No busquemos a un vivo entre los muertos*". Imploramos su valiosa intercesión. Y mientras el corazón sangra, la plegaria sube. "*Tú, Señor, nos lo diste. A Ti también te lo entregamos*". Cíñele la corona de justicia que has prometido a los que saben pelear el buen combate por tu nombre.

Y a nosotros, y a mí, ante quien llegó arrastrándose en su enfermedad, para dar su última predicación, danos el consuelo y la fuerza, para poder, con voz entera, repetir la palabra del poeta de los grandes infortunios de la vida: "*Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit, ita factum est. Sit nomen Domini benedictum*". El Señor nos lo dio, el Señor nos lo quitó; como al Señor le plugo, así fue hecho; bendito el nombre del Señor.



# INDICE.

I. Un Amigo .....	3
II. Un Visionario .....	13
III. El Calvario Final .....	23
IV. Sus Pensamientos .....	36